



Bárbara Jacobs



De la mano a la luz

Bárbara Jacobs



De la mano a la luz



Ediciones Era

Primera edición: 2024
ISBN: 978-607-445-661-5
DR © 2024, Ediciones Era, S.A. de C.V.
Mérida 4, colonia Roma, 06700 Ciudad de México

Imagen de portada: Saul Steinberg, *Cancel Face*, 1951
Tinta y lápiz sobre papel, 14 ½ × 11 5/8 in.
Beinecke Rare Book & Manuscript Library, Universidad de Yale
D.R.© The Saul Steinberg Foundation/SOMAAP/México/2024

Diseño de portada: Germán Montalvo
Diseño de interiores: Jacqueline Roldán
Fotografía de la autora: Vicente Rojo Cama

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún otro medio o método sin la autorización por escrito del editor.

This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionesera.com.mx

ÍNDICE

- Cinco libros, uno propio, *9*
Entre poetas, *17*
Una campana, *21*
Una respuesta distinta, *23*
Cartas de novios de Jaime Sabines a Josefa Rodríguez:
 abril de 1947-abril de 1952, *29*
Una espina y un cayado, *35*
Diálogo entre lunas, *41*
Unidas nuestras cabezas, *43*
Principios de viaje de Monterroso, *45*
Recuento mínimo de un cuento de Onetti, *47*
Virgen y mártir, *59*
Paréntesis, *63*
Recuerdo de un cementerio, *65*
Alcira Soust Scaffo, la deshabitada, *67*
Tres pájaros, *79*
De la mano a la luz, *81*
José Emilio Pacheco, alias JEP, el auténtico, *89*
Ensayo-conferencia sobre el ensayo, *97*
En clave de Pura, *105*
Entre la muerte y la vida, *107*
Concierto de cámara, *111*
Pintor escritor, escritor poeta, *115*
Herencias, vivas hoy, *119*
Declaración de principios, *123*

CINCO LIBROS, UNO PROPIO

¡Qué experiencia fue leer *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* por primera vez! Me recuerdo con el breve libro en las manos, leyéndolo incluso de pie, paralizada junto al librero de mi casa, camino al sillón bajo la ventana con vista al jardín, tan atrapada y entretenida que no me daba tiempo para llegar a sentarme cómodamente y bien iluminada con la luz del día que acababa de despuntar. Estaba muy contenta, me oigo reír a solas, incrédula de estar me divirtiendo nada menos que con “un clásico” de la literatura española. ¡Qué miedo me daba antes de este acontecimiento leer de verdad, por iniciativa propia y no como asignatura del colegio, a “los clásicos”! ¿Iba a entender su castellano? ¿Iba a disfrutar su lectura? En aquel momento me desdoblé y fui capaz de verme a mí misma en las que estaba y reírme de mi propia simpleza. ¡En qué pobre concepto me tenía si me creía incapaz de ser feliz leyendo lo que estaba leyendo! Quería ser Lázaro, el Lazarillo, ese astuto joven desarrapado del siglo XVI, ese antihéroe de orígenes bajos, más crítico que simple rebelde, que acaba de pregonero en Toledo, tan ocurrente ante las desgracias que se le presentaban, una tras otra, con cada nuevo amo al que servía, tacaños, convencionales y establecidos, que le regateaban hasta un trozo de pan duro. Para empezar, yo quería ser muchacho y poder tener las aventuras que Lázaro tenía para arreglármelas con esa mezcla de desdicha y buen ánimo que lo caracterizaban a él. O, ya que

no era niño, ni desgraciada, ni mis condiciones me iban a poner nunca en las que el *Lazarillo* se vio, entonces de perdida, ¡qué ganas de poder escribir un libro como *La vida de Lazarillo de Tormes* y burlarme del medio que me asfixiaba a mí! Sentía tan cerca al autor anónimo de su personaje protagonista que me estorbaba que el libro fuera una novela y no una autobiografía, la autobiografía de un tan Don Nadie que ni siquiera la firmaba. Es que en aquel momento también me sentía una Doña Nadie. La lectura del *Lazarillo* era la lectura de un sueño mío, de una fantasía de mi propia vida: me encontraba ante un espejo mágico que transcribía en palabras sobre papel mis imaginaciones mudas y que me hacía olvidar que a Lázaro y a mí nos separaban más de cuatrocientos años de distancia, un océano, fronteras, un género, mil circunstancias. ¡Bueno! Pero nos unía la lengua, ¿no? Y también nos unía el encuentro. ¿No era extraordinario que a pesar de tantas diferencias nos hubiéramos encontrado y nos reconociéramos como almas gemelas? Con estas conclusiones desafortunadamente unilaterales y reflexiones más bien incoherentes y confusas cerré el pequeño volumen y suspiré, lamenté la brevedad del relato y lo fugaz de la compañía. ¿Por qué no volver las páginas y empezar a leer *La vida de Lazarillo de Tormes* otra vez?

De allá para acá por supuesto que he vuelto a leer esa *Vida* algunas veces, y siempre que me he sentado a escribir he tenido presente este libro y he deseado que su espíritu y su estilo me iluminen. A lo largo de casi medio siglo lo he leído en distintas ediciones, y cuando me he topado con notas o estudios más o menos formales sobre él también los he leído y he tratado de comprenderlos. Lo que para mí había sido un sueño vuelto realidad, para los investigadores sigue siendo un misterio sin resolver. Cada tanto aparece alguno que asegura haber identificado al autor de *La vida*

de *Lazarillo de Tormes*, y en un momento dado yo también jugué a las adivinanzas y aventuré que el Anónimo era Santa Teresa de Ávila y di pruebas, por suerte en apenas unas líneas y sin otra pretensión que la de divertirme yo. *La vida de Lazarillo de Tormes* abre uno de los caminos que más he frecuentado y gozado en mi historia personal de lecturas. Apenas registro en otro texto señas que lo identifican con el *Lazarillo* me lo apropio y siento que enriquezco ese camino con otro hallazgo, con otro descubrimiento, como el químico que todavía diera con una nueva partícula elemental.

Por aquellos primeros años de lectura también me conmovió *The Catcher in the Rye*, de J. D. Salinger, que me presentó a un Lazarillo más cercano a mi tiempo y con el que igualmente me fusioné: Holden Caulfield, un adolescente estadounidense de los años cincuenta y medio loquito que por no saber cómo decir de otro modo adiós a los padres se escapa del colegio y vive un fin de semana de aventuras en Nueva York hasta tener que ir a dar a un psiquiátrico. Si yo hubiera sido estudiante de pintura, me habría sentado ante esta novela y la habría copiado trazo a trazo, incluso entre líneas, a lo largo de mi cuaderno interior de expectantes páginas en blanco; si hubiera sido estudiante de dramaturgia la habría memorizado, actuado y recitado. La leí, la subrayé, la anoté. Hice listas de las groserías y otras expresiones divertidas con las que me topaba en cada párrafo y las traduje, irreverentes y hasta vulgares pero que no me molestaban, sino que más bien daban voz a mi silencio reprimido. Enloquecida, de pura emoción traduje casi el libro entero. Enriquecí mi bilingüismo hispano-inglés, como lo enriquecía transcribiendo y traduciendo la letra de las canciones de Bob Dylan. Con mis meramente egoístas ejercicios de traducción de *The Catcher in the Rye* me di cuenta de lo que quería decir “nivel de lengua”, o

de cómo cambiaba el sentido de las palabras no solamente según el idioma y la época, sino también según la clase social de quien las usara y hasta la intención con que lo hiciera. Empecé a pensar en lo difícil que era traducir, y por lo tanto en lo doblemente valioso que era que un autor lograra comunicarse con un lector a pesar de las diferencias que los separaran. Si yo, mujer, mexicana, nacida “entre holanes” o “con una cuchara de plata en la boca” a mediados del siglo xx, me fusionaba con los protagonistas tanto de *La vida de Lazarillo de Tormes* como de *The Catcher in the Rye*, sus autores eran grandes autores y tenían mucho que darme. En vista de que del Anónimo no podía yo prenderme más, pues en quinientos años sigue sin conocerse siquiera su identidad, me prendí de J. D. Salinger. No sólo leí sus otros libros, de cuentos y novelas, sino que además leí artículos y estudios sobre ellos y todo, que no ha sido mucho, lo que se escribiera sobre él. Aun con nombre, él es un misterio sin resolver. No autorizaba y hasta desautorizaba legalmente que se publicaran biografías de él. Se escondía antes de tener que esconderse. Si no tanto como el Anónimo, sí con sus nombres, sólo apenas enunciados con las iniciales J. D. Vivió recluido en una fortaleza a toda prueba, indefenso, perseguido y aterrorizado por amenazas inexistentes, es decir, siempre que se considere inexistente la insaciable curiosidad voraz de un lector apasionado. Pero Holden Caulfield sigue hablando por él, es su mejor voz, y para un lector, un anfitrión accesible en todo momento; pasan las décadas y él te sigue abriendo la puerta de su casa, a ti y a quien gire la manija y entre, aunque ni siquiera se sacuda antes los zapatos. Yo se lo he presentado a jóvenes en este principio del siglo xxi y los he visto darse la mano y caerse bien. Sin *The Catcher in the Rye* en el arranque de mis lecturas me habría sentido inadecuada en el

para mí demasiado respetable mundo de libros en el que vivo, en especial en el género de la autobiografía y de la biografía.

Con Holden Caulfield de acompañante seguro en mi caótica búsqueda imparable de libros y de autores que me entretengan, me enseñen y a los que pueda seguir, apareció por fortuna también en mi todavía impresionable y maleable primera juventud *Rayuela*, de Julio Cortázar. Me gusta decir que leer esta novela hizo las veces de abrelatas de mi propio castellano y de mi propia imaginación. Me introdujo al concepto de juego literario que después me sería más fácil reconocer en otros libros, clásicos o de mi época, en lengua inglesa, francesa, española. *Rayuela* es un juego o un libro-juego nuevo desde que propone diferentes formas de leerse, desde que pone fin a la narración lineal, desde que de entrada se presenta circular y por lo tanto inconcluso. A mí me enfrentó a la existencia de planos de lectura: de superficial a profundo, a mayor cultura del lector, mayor comprensión y gozo de las profundidades que la narración alcanza en todos sentidos. Alusiones, referencias, citas, con mezcla de categorías, de más ordinarias a más sofisticadas, con entrecruzamiento de culturas, temas, artes, lenguas. Mientras más me metía en sus páginas más me sentía Horacio Oliveira, el inconforme, el loco, el enamorado del jazz, un intelectual argentino de pleno siglo xx que se autoexilia en París y al que París deporta de regreso a Buenos Aires, un buscador de un rincón en el universo, o en el corazón de una mujer, o en un grupo de amigos quizá no tan locos como él, un rincón, pero en el que él se sintiera bien, un personaje descontento siempre, añorante siempre, que finalmente acaba de empleado en un manicomio. ¡Cómo me gustó *Rayuela*, por más que en aquella primera lectura no hubiera entendido mayor cosa de su locura tan abarcadora y tan alucinante, tan

parecida a la de James Joyce! Fue igual que si muerta de hambre y perdida en un bosque oscuro, de pronto una cuchara me hubiera introducido en la boca alimento que sólo una vez satisfecha, rescatada y acogida habría sido capaz de ir identificando. De nuevo me había fusionado con otra identidad de antihéroe, ahora la de Oliveira; y cuando años después conocí y traté personalmente a su autor, Julio Cortázar, me extrañó que fuéramos dos personas y no la misma. Creí que al darnos la mano se interpondría el espejo. En ningún momento me atreví a pedirle que firmara mi ejemplar de su libro. Me avergonzaba que viera lo trajinado que lo tenía, lo subrayado, lo anotado, lo llevado de arriba abajo, atravesado de sol y de luna, empapado, puesto a secar y amarillento, las hojas medio tias y medio desprendidas del lomo, quebradizas después de tanto asombro y llanto y vino y risa que les cayó encima, la pasta agrietada. Era obvio que había dormido con este ejemplar de *Rayuela*, que el libro había viajado conmigo metido en el fondo de mi mochila y a lo largo de mi continuada formación, de niña a mujer, de aspirante a escritora y finalmente convertida en escritora, de buscadora de amor a amante y amada. Con *Rayuela* bajo el brazo hice la carrera universitaria de psicología, vi el techo desde el diván del consultorio del psicoanalista por primera vez, publiqué mis primeros cuentos antes de inscribirme en un taller de cuento parteaguas en mi vida, me casé, publiqué mi primer libro y los que han seguido, en todo momento con *Rayuela* bajo el brazo, bajo la almohada, sobre mis sucesivas mesas, hojas en blanco, máquinas de escribir, computadoras, ante mi trabajo en proceso y el proceso de mis proyectos.

La madurez me llegó cuando me topé con *Flush, a Biography*, de Virginia Woolf. Debo rectificar. La madurez no me llegó entonces y de hecho no me ha llegado, para bien o para mal, pero

lo que quiero decir es que cuando leí *Flush* se asentaron en mí muchas cosas, cosas que tienen que ver con la vida y en especial con la vida del *escritor* y más específicamente con la de la *escritora*, esto es, con la diferencia abismal que existe entre estos dos términos, conceptos y hasta actitudes, tan diferentes entre sí y hasta ahora tan irreconciliables. *Flush* sintetizó para mí la extraordinaria potencia intelectual de Virginia Woolf con su sensibilidad extrema. En este libro se funden la ficción y la no ficción, la fantasía y la realidad, la creatividad y la investigación. Es un ingenio feliz, o una ocurrencia que salió bien. *Flush* era el perro de Elizabeth Barrett y siguió siendo su perro cuando Elizabeth se fugó con Robert Browning de Londres a Florencia en el siglo XIX, del mundo de una inválida hija de familia al de una intelectual adelantada a su tiempo, desheredada, poeta, consciente de ser artista y mujer, traductora al inglés de los clásicos griegos y latinos. Mi ejemplar de *Flush* es de la segunda edición, o sea que la propia Virginia Woolf habrá hecho su parte con ella en la editorial; quizás le tocó empaquetar para su distribución por lo menos algunos de los ejemplares y sin duda entre ellos el que yo poseo. No sé lo que ella pensaría de mí si supiera que de sus libros *Flush* es mi favorito, pero yo no lo puedo negar. En un célebre congreso de escritores quise congraciarme con uno muy famoso, latinoamericano y reconocidamente aficionado a los perros, al participarle mi afición a *Flush*, con la mala fortuna de que él no sabía de qué le estaba yo hablando, y con lo cual no sólo no me congracié con él, sino que provoqué que a partir de mi iniciativa de diálogo él no nada más no me comentara nada, sino que en adelante procurara esquivarme para ni siquiera tener que saludarme si nos topábamos cara a cara en algún pasillo. Gertrude Stein tuvo perro, Vladimir Nabokov tuvo perro, nada

menos que un nieto de un perro de Anton Chéjov; pero no sé si Virginia Woolf tuvo otro aparte de su *Flush* de papel. Quizá si lo hubiera tenido de carne y hueso no se echa al río con piedras en el saco para hundirse, o él la habría sacado a flote con el hocico. El caballo de Faulkner trotó de prisa a pedir ayuda la vez que él no se pudo levantar de una de sus caídas, creo que la última.

En donde aparecen varios personajes sumamente memorables aunque irracionales –además de los racionales, que son igualmente memorables cuando no más– es en la *Antología del cuento triste*, que armamos Augusto Monterroso y yo y que es uno de los libros de mi vida. Que un autor como Monterroso, modelo permanente para mí desde distintos puntos de vista, me hubiera invitado a armar con él esa antología es el mayor reconocimiento que he recibido en mi carrera de lectora y escritora. Él quería dar un curso sobre el cuento específicamente a partir de los contenidos de nuestro libro, y a mí me habría fascinado inscribirme a ese curso y aprender cuanto pudiera de él. Cuando por vez no sé cuántas leí los cuentos, pero la primera en que lo hacía en la lengua y el orden cronológico en el que aparecen en el libro, el curso que a mí se me ocurrió dar fue sobre el desarrollo del humor, montaña que con el tiempo se me hace siempre más y más cuesta arriba de ascender. Casi tan cuesta arriba como la otra montaña que también se me ocurrió subir al leer en castellano algunos de los cuentos que yo amaba en su lengua original, es decir, inglés o francés, y la ocurrencia de traducirlos yo al castellano para futuras ediciones, no por otra razón que por el gusto de convertirlos todavía más íntimamente en una más de mis segundas naturalezas.

Publicado en *Leer, escribir*,
Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, 2011.

averiguar– la identidad de la autora, y me extrañó –habrá vuelto a extrañarme– no conocerla. Es decir, no haberla conocido entonces o no recordarla ahora, con mayor razón cuando su “Carta a” me conmocionó a tal grado cuando la leí aquella primera vez que la guardé entre las páginas de *Walden* en 1973. Aunque debo admitir, avergonzada y contenta a la vez, que quizá no recordaba a la poeta, al releer su “Carta a”, de inmediato supe que ese canto suyo al amor ya lo había leído, ya habitaba en mí, y entonces celebré, muy conmovida, mi premonitorio acierto al haberlo guardado. Bueno, y al haberlo reencontrado, justo ahora, fascinada como estoy con *Fidelidad*, el poemario póstumo de Grace Paley.

Fueron contemporáneas y neoyorquinas judías las dos, Grace Paley y Ruth Whitman, datos con los que las asocié apenas ayer, porque en estos días, cuando distraídamente metí la “Carta a” de Whitman entre las páginas de *Fidelidad* de Paley, no lo sabía. Ignoraba todo de Whitman salvo su autoría de “Carta a”, de modo que cuando la anexé a Paley fue, por asombroso y sorprendente que parezca, por intuición. Para escribir estas líneas, aunque con cierta vaguedad, estaba considerando elegir alguno de los poemas de *Fidelidad* y de algún modo relacionarlo con “Carta a”, pues no dudaba que Paley y Whitman compartían la corriente subterránea de la poesía que encuentra poesía en los sentimientos comunes, en las imágenes comunes, en los sucesos comunes, pero que solamente una poeta, un poeta, es capaz de cautivar, de independizar del momento en que sucede y, al atraparla sola, al hacerla suya, la eterniza, en lenguaje común, en lenguaje de todos los días, que es exactamente lo que Paley teje en este canto suyo de amor también, sin mayúsculas, sin otra puntuación que unas pausas que me atrevo a marcar con un guion (para subrayar su calidad propositiva), y que traduzco:

